

LA CONFESIÓN, APERTURA A LA CRUZ Y A LA CERTEZA

DIETRICH BONHÖFFER

“Confesaos mutuamente vuestros pecados” (Sant 5,16). Quien permanece solo con su maldad, se queda totalmente solo. Es posible que los cristianos, a pesar de la devoción y de la oración en común, a pesar de la comunidad en el servicio, permanezcan solos dado que la apertura final a la comunidad no se produce porque ellos como creyentes forman parte de una comunidad piadosa, pero no como impíos ó pecadores.

La comunidad piadosa no permite a nadie ser pecador. Por ello, todos ocultan su pecado ante sí mismos y ante la comunidad. No nos está permitido ser pecadores. Es imposible de imaginar el espanto de muchos cristianos si fuera detectado un auténtico pecador entre los piadosos. Por este motivo, nos quedamos solos con nuestro pecado.

Pero es la gracia del Evangelio, que para los piadosos resulta tan difícil de captar, la que nos sitúa ante la verdad y nos dice: “Eres un pecador y vengo a ti, a ese pecador que eres, como tu Dios que te ama. Te quiere así como eres; no quiere “algo” de ti, sino que te quiere todo, “Hijo mío, dame tu corazón” (Prov 23,26). Dios ha venido para ti, para hacer bienaventurado al pecador. Ya no necesitas mentirte ni a ti mismo ni al hermano como si estuvieras sin pecado, tienes permiso para ser pecador gracias a Dios, ya que Él ama al pecador y odia el pecado.

Cristo fue nuestro hermano en la carne, por ello Le creímos; en Él se hizo presente el amor de Dios a los pecadores. Ante Él los hombres pudieron ser pecadores y sólo así les ayudó. Toda luz termina en Cristo.

***La verdad del Evangelio de Cristo une
la miseria del pecador y la misericordia de Dios***

En esta verdad debiera vivir Su comunidad. Por eso Él dio a los suyos la potestad de perdonar los pecados: “Aquellos a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados y aquellos a quienes se los retuvierais, les serán retenidos”. Jn 20,23.

Con ello Cristo nos ha dado como gracia la comunidad y en ella al hermano. Ahora él está en el lugar de Cristo; ante él ya no necesito fingir. Sólo ante él en todo el mundo puedo manifestarme como el pecador que realmente soy, pues aquí rige la verdad de Jesucristo y Su misericordia. Cristo se hizo nuestro hermano para ayudarnos; nuestro

hermano, a través de Él, se ha convertido en Cristo para nosotros con el poder de Su misión. El hermano está ante nosotros como signo de la verdad y de la gracia de Dios; se nos ha dado para ayuda y escucha nuestra confesión de los pecados y nos los perdona en el lugar de Cristo y conserva como Dios el secreto de nuestra confesión.

Ir hacia la confesión fraterna significa ir hacia Dios mismo

Así emerge en la comunidad cristiana la llamada a la confesión fraterna y la remisión como la gran gracia de Dios en la parroquia. En la confesión acontece la apertura a la comunidad. El pecado quiere estar a solas con el hombre y le separa de la misma.

Cuanto más aislado esté el hombre tanto más destructora es la fuerza del pecado sobre él y cuanto más profundas las ataduras tanto más desesperada su soledad. El pecado quiere permanecer “de incógnito”; teme la luz. En la oscuridad de lo no “desahogado” se envenena toda la existencia del hombre.

Esto puede suceder en medio de la comunidad piadosa. En la confesión, irrumpe interiormente la luz del Evangelio en la tiniebla y en lo oculto del corazón. El pecado sale a la luz. Lo no expresado se dice y se confiesa abiertamente. Todo lo secreto y oculto se revela. Hay una dura lucha hasta que el pecado “llega a los labios” para la confesión, pero Dios rompe férreas puertas y cerrojos de hierro, Sal 107,16. Mediante la confesión de los pecados en la faz del hermano en Cristo, se derrumba la última fortaleza de la autojustificación. El pecador se entrega, abandona toda la maldad, da su corazón a Dios y encuentra la remisión de todos los pecados en la comunidad de Jesucristo y del hermano.

El pecado expresado y reconocido ha perdido todo su poder

Es manifestado y juzgado como pecado y así ya no puede desgarrar a la comunidad; ahora la comunidad carga con el pecado del hermano; ahora ya no está solo con su maldad, sino que la ha depositado en la confesión, se la ha entregado a Dios. Se le ha “adelgazado”. Ahora se halla en la comunidad de los pecadores que viven de la gracia de Dios en la cruz de Jesucristo; ahora puede ser pecador y, sin embargo, sentirse alegre por la gracia de Dios; puede confesar sus pecados y encontrar en ello a la comunidad. El pecado oculto lo separaba de ella, hizo aparentemente falsa a la misma; sin embargo, el pecado reconocido le ayudó a rehacer la verdadera comunidad con los hermanos en Jesucristo... En la confesión acontece la apertura a la Cruz.

La raíz de todo pecado es el orgullo, la soberbia. Yo quiero existir para mí, tengo una razón para mí mismo, para mi odio y mi concupiscencia, para mi vida y para mi muerte.

El espíritu y la carne del hombre están inflamados por el orgullo, pues el hombre en su maldad quiere ser como Dios.

La confesión ante el hermano es la más profunda humillación, causa dolor, empequeñece, derriba el orgullo de una forma tremenda. Aparecer ante el hermano como pecador es una afrenta difícilmente soportable. En la confesión de los pecados concretos experimenta el hombre viejo entre dolores una muerte ignominiosa ante los ojos del hermano. Debido a que esta humillación es tan difícil pensamos que podemos eludir la confesión fraterna. Nuestros ojos están tan cegados que no vemos la promesa y la magnificencia de tal humillación.

No hay ningún otro como Jesucristo que haya sufrido en público la muerte ignominiosa a nuestra condición, sin avergonzarse de ser crucificado como malhechor por nosotros y no hay tampoco otra forma de comunidad con Jesucristo, que nos introduce por la confesión en un morir ignominioso para participar en su Cruz. La Cruz de Cristo destruye todo orgullo. Podemos no hallar la Cruz de Cristo si recelamos de ir allí donde Él pueda encontrarse, es decir, en la muerte pública del pecador, y rehusamos llevar la cruz cuando nos avergonzamos de aceptar sobre nosotros en la confesión la muerte ignominiosa del pecador. En la confesión nos abrimos a la verdadera comunidad en Jesucristo y afirmamos nuestra cruz. El profundo dolor físico-espiritual de la humillación ante el hermano significa: Ante Dios experimentamos la Cruz de Jesucristo como nuestra salvación y bienaventuranza. El hombre viejo muere, pero sobre él ha vencido Dios. Ahora participamos de la resurrección de Jesucristo y de la vida eterna...

En la confesión acontece la apertura a la certeza. ¿Por qué resulta más fácil la confesión de los pecados ante Dios que ante el hermano? Dios es santo y sin pecado, es Juez justo de la maldad y enemigo de toda desobediencia. El hermano es pecador como nosotros y conoce la noche del pecado oculto por propia experiencia. ¿No debiéramos encontrar más fácil el camino hacia el hermano que hacia el Dios santo? Sin embargo, nos sucede de una forma diferente y tendríamos que preguntarnos si no nos hemos autoengañado repetidas veces en la confesión de nuestros pecados ante Dios. Quizás no hemos reconocido ni siquiera ante nosotros mismos nuestras faltas y nos hemos autoperdonado. Y las innumerables recaídas ¿no tendrán su fundamento más que en la debilidad de nuestra obediencia cristiana en que vivimos en una autoremisión en vez de en una remisión auténtica de nuestros pecados?

La autoremisión nunca puede conducir a la ruptura con el pecado sino sólo la Palabra de Dios que endereza e indulta. ¿Quién nos da la certeza de que en la confesión y en la remisión de los pecados no hemos tratado con nosotros mismos sino con el Dios viviente? Esta certeza nos la regala Dios a través del hermano, el cual rompe el círculo del engaño. Quien reconoce los pecados ante el hermano, quien sabe que no está solo consigo mismo, experimenta en la realidad del otro la presencia de Dios. Mientras yo esté conmigo mismo en el reconocimiento de mis pecados, permanezco en la oscuridad total; frente al hermano el pecado se desenmascara y es mejor que esto ocurra ahora entre él y yo que no en el último día en la claridad del Juicio Final. Es gracia que podamos confesar al hermano nuestros pecados; nos da paz ante el espanto del juicio definitivo. El hermano me ha concedido que yo tenga certeza a través de él de la realidad de Dios en su juicio y en su gracia. Como la confesión, cuando se realiza ante el hermano, es sustraída al autoengaño, así es también la promesa de la remisión totalmente cierta cuando el hermano me la adjudica en nombre de Dios. Para la certeza de la remisión divina, Dios nos regala confesión fraterna.

Precisamente para esta certeza, se trata en la confesión del reconocimiento de pecados concretos. Con la confesión de pecados generales las personas se acostumbran a autojustificarse. La pérdida y corrupción completa de la naturaleza humana la experimento en mis pecados ciertos en tanto que consiento en la experiencia. El examen de los diez mandamientos será la preparación correcta para la confesión. Pudiera suceder que yo en la confesión fraterna actúe como un hipócrita y que el consuelo se aleje de mí. Jesús se ocupó mucho de personas cuyos pecados eran evidentes, de publicanos y prostitutas. Ellos sabían que necesitaban la remisión de sus pecados particulares y la recibieron. Jesús preguntó al ciego Bartimeo: “¿Qué quieres que haga por tí?”. Mc 10,51. Nosotros tenemos que conocer la respuesta clara a esta pregunta antes de la confesión. También nosotros recibimos en la confesión la remisión de los pecados ciertos, de los no fácilmente perceptibles y de los de “incógnito”.

www.vacarparacon-siderar.es